

DEFINICIONES RELACIONADAS CON A PSICOMOTRICIDAD

Pocos términos han alcanzado tan rápida popularidad científica como “psicomotricidad”, aunque, a decir verdad, no se dispone todavía de una definición universalmente adoptada.

La forma más elemental de definir psicomotricidad es considerarla una de las ramas de la psicología, referida a una de las formas de adaptación del individuo al mundo exterior: la motricidad. La psicomotricidad, desde este punto de vista, se ocuparía “ del rol del movimiento en la organización psicológica general”, estableciendo las conexiones de la psicología con la neurofisiología (Stamback, 1963).

Para nosotros , así como la motricidad es especialmente para la capacidad de generar movimientos (entendiendo movimiento toda acción que permita el desplazamiento desde un lugar o espacio a otro y los efectos que de ello resulte), la psicomotricidad es esencialmente la educación del movimiento, o por medio del movimiento, que procura una mejor utilización de las capacidades psíquicas. Por supuesto que, para lograr este objetivo, la psicomotricidad apela a un adecuado desarrollo postural y motor, perceptual, conductual y de los aprendizajes.

Acabamos de decir que la motricidad es la capacidad de generar movimiento, pero antes de proseguir justo es establecer algunas diferencias de motricidad, por un lado, y actividad motriz, movilidad y motilidad, por el otro. Si bien motricidad y actividad motriz podrían ser aceptados como términos prácticamente sinónimos, existe alguna diferenciación entre ambos, ya que la actividad motriz se refiere a las manifestaciones objetivables de la motricidad. En lo que respecta a movilidad, empleamos el término (con fines terapéuticos) refiriéndolo al movimiento parcial o segmentario de un miembro de una parte del movimiento parcial o segmentario de un miembro o de una parte del cuerpo, mientras que a motilidad la relacionamos con el desplazamiento corporal total, sea éste activo o pasivo (un ejemplo de motilidad pasiva sería el desplazamiento en silla de ruedas empujada por otro).

Todos los conceptos derivados del movimiento, es decir: actividad motriz, movilidad, motilidad, etc., encuentran su adecuada relación con la motricidad y, por ende, la psicomotricidad, a través de los procesos de aprendizaje. La psicomotricidad sería fundamentalmente, una educación relacionada con el movimiento, la que trataría de desarrollar las capacidades psíquicas. No debemos confundir “capacidades psíquicas” con las llamadas “capacidades intelectuales”, cuya definición sería posible de muchas dudas y controversias. Sin embargo, con la aclaración que antecede, el juicio, el razonamiento, la imaginación y la abstracción podrían ser considerados capacidades intelectuales y, por consiguiente, psíquicas. Pero otras capacidades, como la atención y la memoria, son discutibles desde el punto de vista intelectual, por lo que podría calificárselas de capacidades psíquicas, pero enteramente de “intelectuales”. En cambio, la afectividad, la personalidad, etc., son independientes del intelecto. Es decir que, sobre la base de técnicas psicomotrices, podrían llegar a entrenarse hasta cierto punto todas estas capacidades psíquicas.

En el mismo desarrollo psicomotor del niño normal podemos apreciar de qué manera se facilitan numerosas adquisiciones por la obtención de mejores patrones posturales y motores: el niño que no logra el dominio del cuello en el tercer mes ve perjudicadas sus posibilidades de aprehensión de informaciones visuales; el niño que no logra sentarse al sexto mes, o no logra gatear al noveno, ve perjudicadas sus posibilidades de aprehensión del espacio circundante, etc.

La admisión de hechos como los mencionados, u otros similares, condujo a la suposición de que, al menos en un comienzo del desarrollo, habría un paralelismo psicomotor. Por otra parte, se pensó que las distintas etapas evolutivas no podrían ser salteadas sin perjuicios posteriores, e igualmente se creyó que en los procedimientos de recuperación debían seguirse las mismas pautas de desarrollo que las sigue el niño normal. Resulta evidente que la noción de “capacidad potencial” y, en

particular, la de “patrón patológico de desarrollo” modificaron sustancialmente estos conceptos: se vio con claridad que el niño patológico tenía su propio patrón de desarrollo y que la educación debía ser dirigida a acelerar dicho patrón y no seguir las pautas del patrón de desarrollo normal.

En la definición de psicomotricidad hemos indicado que la educación podría ser del movimiento o por medio del movimiento. Es obvio que el trabajo psicomotor puede no procurar un mayor desarrollo de la habilidad motora en sí misma, sino pura y exclusivamente la introducción de elementos sobre la base de una comunicación corporal más explícita con el medio inmediato (madre) y mediato (ambiente). De nada sirve procurar el desarrollo motor si no se obtienen situaciones de “comunicación aprendizaje” que permitan la conexión del niño con el ambiente que lo rodea.

Debemos aceptar que el movimiento, además de constituir una necesidad natural para la sobrevivencia y una necesidad social para la convivencia (el placer, la reproducción, etc.), es decir, necesidades fundamentales que están regidas por desarrollos espontáneos, también permite y facilita a través de la educación la adquisición de aprendizajes elementales en todas las especies y la de aprendizajes superiores, privativos de la especie humana. En efecto, si partimos del aprendizaje del propio cuerpo que el movimiento es capaz de generar, y seguimos con el aprendizaje perceptual general, igualmente desencadenado por la motricidad (espacio real, tamaño, forma, etc.), podemos llegar al correspondiente a la inhibición de la actividad estéril, con el concomitante desarrollo de las habilidades intelectuales y del mismo aprendizaje. Recordemos que la actividad estéril es muy grande en el niño recién nacido, en el que existe una enorme cantidad de movimientos “sin sentido”. Esta actividad se mantiene durante toda la infancia, aunque va disminuyendo lenta y paulatinamente. Podríamos enumerar múltiples aprendizajes que pueden partir de la motricidad idóneamente dirigida.

Por poco que analicemos los enunciados de nuestra definición de psicomotricidad, así como las reflexiones posteriores, resulta claro que no aceptamos coincidencias entre retraso intelectual y dificultad motora, aunque aceptemos, en cambio, que las primeras manifestaciones de inteligencia puedan valorarse particularmente mediante testificaciones sensomotoras.

Bibliografía. DE Quirós . Julio B.. *Lenguaje, aprendizaje y psicomotricidad.* Editorial Panamericana Buenos Aires 1979.